

Por un nuevo papel para España en el desarrollo político de Afganistán

Jorrit Kamminga. *Visiting Fellow del Instituto Holandés de Relaciones Internacionales Clingendael.
Ha trabajado en Afganistán desde el año 2005.*

Carlos Flores Juberías. *Profesor de Derecho Constitucional Comparado en la Universidad de Valencia.*

Si, de una parte, es comprensible que en tiempos de crisis los asuntos domésticos cobren prioridad ante una opinión pública básicamente preocupada por la situación económica interna, no lo es menos que el escenario internacional en el que nos movemos sigue cuajado de incertidumbres y que el futuro de un componente tan volátil de este escenario como es Afganistán sigue dependiendo del compromiso duradero de la comunidad internacional y, en su justa medida, de que España siga participando de éste con la seriedad de que hasta ahora ha hecho gala.

De entrada, la visita del nuevo Ministro de Defensa a Herat y Qala i Naw en enero de este año, ha permitido saber que el nuevo Gobierno popular no se siente especialmente atado por el plan de retirada escalonada de tropas anunciado en su día por Zapatero, y que no solo se avendrá a retrasar su implementación sino que incluso extendería la presencia española en el país centroasiático si se agravase la situación sobre el terreno. La disposición a prorrogar más allá del 2014 de la que ya Zapatero describió en su día como “la más dura, compleja y arriesgada” misión internacional en que ha participado España hasta ahora constituye una primera y valiosa muestra de compromiso hacia el pueblo afgano, más aun cuando bien pudiera ser una opción políticamente impopular por económicamente costosa.

Y es que dar la espalda al pueblo afgano cuando ni siquiera los objetivos básicos de la misión española –crear estabilidad y fortalecer las instituciones– han sido cumplidos, podría dañar

seriamente la imagen exterior de España. Además de convertir en estéril el sacrificio de los 1.500 soldados españoles desplegados sobre el terreno, donde han ejercido un papel sobresaliente en condiciones muy difíciles. La situación actual, empeorada aún más por las recientes movilizaciones en varias ciudades afganas en protesta por la quema del Corán, está al borde del caos. Al mismo tiempo, este tipo de incidentes alarmantes ponen en jaque a la labor de los soldados españoles de conquistar los llamados “*hearts and minds*” del pueblo afgano y, para colmo, beneficia significativamente a la agenda política de los talibanes.

Con la llegada del fin del proceso de la transición de seguridad en el año 2014, Afganistán corre el riesgo real de perder el interés, los recursos y el compromiso de la comunidad internacional. Esta posible retirada de apoyo internacional puede tener un impacto muy negativo para la estabilidad del país y la región vecina, como ya se demostró históricamente en principios de los años noventa del siglo pasado. El apoyo internacional sigue siendo un factor clave en Afganistán. Actualmente el 97 por ciento de la economía afgana está vinculado a los gastos de la comunidad internacional. Además el Banco Mundial prevé para el periodo 2014-2021 un déficit anual de 7 mil millones de dólares tras el periodo de transición. Por último, las elecciones presidenciales previstas para el año 2014 pueden aumentar más la incertidumbre y la inestabilidad reinante.

A la vista de la creciente inseguridad, la lacra de la corrupción masiva, la falta de un sólido proceso de paz, y un Gobierno central con poco poder real fuera de la capital, es legítimo preguntarse por dónde está la esperanza para Afganistán, y por cómo puede contribuir España a ella. La esperanza, sin duda, radica en las nuevas generaciones de jóvenes afganos que se manifiestan cada vez con más visibilidad en las grandes ciudades del país. No estamos ante un proceso revolucionario como el de la llamada “primavera árabe”, sino ante un proceso lento –pero igualmente irreversible– de modernización que implica a toda una generación de jóvenes afganos –de momento, y por desgracia, solamente varones– que prefiere dejarse el tradicional *shalwar kameez* en casa, vestir vaqueros, escuchar a Shakira o Enrique Iglesias, y seguir los éxitos de los grandes equipos españoles de fútbol. Una generación ajena a los juegos de poder de las diferentes etnias y tribus, que no ha vivido la guerra contra los soviéticos ni la última guerra civil, que sueña con una beca para estudiar en el extranjero, y que se sentiría tan fuera de sitio con un kalashnikov en las manos como cualquier joven de Madrid, Barcelona o Valencia.

Si allí está la clave, España puede jugar un papel importante apoyando y catalizando este todavía modesto movimiento hacia la modernidad que claramente merece y precisa de ayuda. No se trata de promover una revolución entre la juventud afgana, pero sí de estimular a los jóvenes para que se

conviertan en un factor de cambio susceptible de triunfar donde tantas iniciativas políticas han fracasado en el pasado. Además, esta oportunidad ofrecerá a España la posibilidad de seguir apoyando al pueblo afgano de una manera estructural y duradera, tras la transición de seguridad en el año 2014.

Es imprescindible desarrollar una política de juventud en la que España podría y debería tener un papel protagonista. Una política integrada por programas de formación, becas especializadas, ayudas a para el aprendizaje de idiomas y para el uso de las nuevas tecnologías, ofrece pasos importantes para una nueva generación que cada día está más conectada con el mundo, y ya sueña más con emular los goles de Cristiano Ronaldo y David Villa que con la figura heroica de Ahmed Shah Masud.